

Yegua

No sé si fue uno de nosotros quien le puso ese nombre, aunque puede haber sido uno de ellos. Así, esta sería otra de tantas cosas que heredamos, para bien y para mal. A veces, me gusta pensar que fui yo quien la nombró, lo cual a todas luces resulta imposible, porque yo era el menor de nosotros y se puede decir que aprendí a decir Poni, al mismo tiempo que aprendí a decir mamá.

La connotación sexual del nombre Yegua se reafirma con las sonrisas que ellos aún ponen cuando la nombran. Ella, sin embargo, parece inmune a todo, como si se sintiera dueña y señora de esta hacienda familiar a la que la trajo el abuelo, desde algún pueblito de la Costa, sin explicación alguna, a pesar de las preguntas de la abuela.

Mi padre y sus hermanos eran adolescentes por entonces y mayor cosa no preguntaron. Maravillados por la belleza de la nueva criada, dedicaron sus días en la hacienda a cortejarla. Cada cual, a su turno, secretamente llegó a ella. Generosa fue la Yegua. No sé detalles, hay cosas que supongo y cosas que ellos han soltado en medio de borracheras: retazos que yo he juntado para explicarme los ruidos y los silencios familiares.

Yo no conocí a la abuela. Su memoria es uno de esos silencios solemnes que estuvieron presentes durante la infancia. No fue sino en la fiesta de mi graduación, que confirmé la falsedad de su enfermedad. Sin embargo, no fue mucho lo que pude saber: mi padre cayó a trompadas a mi tío ni bien insinuó lo del suicidio.

He llegado a suponer que la abuela fue una buena persona. Al punto que, cuando se cansó de pedirle explicaciones al abuelo, dirigió ciertos comportamientos maternos a la Yegua. Tampoco tenía opción. Incluso cuando la Yegua salió embarazada, la abuela se dedicó a cuidarle, entre reprimendas por no darse a respetar, por no saber mantener las piernas bien cerradas y por no querer mencionar el nombre del padre del niño, que más que niño sería un costalito de huesos, le decía.

Esto último lo sé porque me contó la misma Yegua. Claro que, a ella no me refería con este nombre al principio, sino que le decía Ofelia, que es su nombre de pila. Sin embargo, estoy convencido de que ningún otro nombre le queda mejor y disfruto su pronunciación cada vez que la imagino frente a mí; al punto de sentir envidia de ellos. Ahora mismo escribo Yegua y me parece que su silueta pudiera invadir este papel, formarse en los espacios en blanco que dejan las letras con las que busco dar sentido a la herencia familiar.

Cuando el embarazo de la Yegua fue evidente, ellos jugaban a echarse la culpa de la paternidad. El juego pretendía ser silencioso, pero me dijo la Yegua que un día, cuando estaba en la cocina con mi abuela, ambas escucharon las carcajadas de ellos y la mención de que serían padres de una potrita. También dijo la Yegua que, desde ese día, la abuela no volvió a dirigirle la palabra y que empezó a hostigar nuevamente al abuelo para saber el origen de la Yegua o los motivos que tuvo para traerle a la hacienda.

El abuelo, según dicen ellos, siempre fue de pocas palabras. Yo no lo sé, porque desde la muerte de la abuela se quedó mudo. Por esta característica, uno no podría suponer siquiera que la Yegua sea su hija, como ahora yo lo sé y como lo intuyó también la abuela en su momento. Y es que a la Yegua basta picarle un poquito con las palabras para que se lance al galope y suelte todo lo que sabe de cualquier tema. Por eso, cuando le inquirí lo del suicidio de la abuela, me contó, entre otras cosas, que la mudez del abuelo se desató cuando encontró a su esposa colgada de una viga de la casa de hacienda. Se había quedado quieto frente al cuerpo, sin gritar de horror siquiera ni llamar a alguien en su auxilio. Parado y con un ligero movimiento en su cabeza, como de quien afirma que ha comprendido o que se esfuerza por comprender. Así se quedó el abuelo, según la Yegua, durante la tarde, incluso cuando ya el cuerpo de la abuela salió de la hacienda en una camioneta de la policía. Me provoca cierto cariño imaginar al abuelo asintiendo ligeramente y mirando el espacio en el que ya nunca más estaría su esposa. Con un gesto petrificado, como si estuviera frente a un horizonte inexistente, pues lo único que habría podido ver sería el techo, la pared y la viga en la que la abuela colgó su cuerpo.

Lo que no me dijo ella, sino que lo supe por un recorte de obituario que encontré en la cómoda del abuelo, es que el suicidio de la abuela había ocurrido el mismo día del nacimiento de la Poni. No sé si hay algo de ficción en esto que escribo, aunque creo que hacer suposiciones a partir de los elementos materiales que he encontrado y los testimonios de quienes hemos estado involucrados, no tiene obligatoriamente un carácter ficcional: ¿Por qué más se iba a suicidar la abuela? La evidente deformidad de la hija de la Yegua le confirmó, tanto la verdad encerrada en las bromas de ellos sobre su paternidad, cuanto las propias sospechas en torno al linaje de la Yegua. Esta es la verdad.

Supongo que, ni bien la vieron con esa cabeza enorme en comparación con su tórax y sus extremidades, entendieron que nunca sería una potra. Podría inferir, incluso en contra de mi voluntad, que habrían sido ellos y no nosotros quienes le pusieron ese sobrenombre de Poni, que la pobre enana asumió con total naturalidad. Aunque mucha oposición no

era capaz de mostrar, dado que su discapacidad no se limitaba al enanismo, sino a cierta disminución intelectual que le confería la habilidad estoica de carcajearse de la nada. Podría decir que esta carcajada la heredó de ellos, pues ya he dejado en claro la facilidad que tienen para hacer mofa de cualquier situación.

Me contó la Yegua que, contra todo pronóstico, la Poni aprendió relativamente pronto a caminar y no solo adquirió autonomía a pesar de su enfermedad, sino que desarrolló funcionalidad para ayudarla en los quehaceres de la hacienda, una vez que el abuelo la ascendió a matrona y le puso a cargo de todos los asuntos administrativos. Varias veces me he imaginado a la Yegua con sus brutales faldas pegadas al cuerpo, casi transparentes, en sus recorridos diarios por la hacienda y a la enana pegada a ella, comedida en exceso y con su grito de pichi pichi pichi pichi, que seguramente escuchó a su madre para llamar a los pollos y fue lo único que aprendió a decir, de modo que, cuando no se carcajeaba, gritaba o susurraba pichi pichi pichi pichi, lo cual yo suponía que podría significar tanto buenos días, como gracias, pásame la sal o tengo frío; e incluso cosas más profundas como ¿para qué mierda nací?

Pichi pichi pichi pichi gritaba la Poni y largaba tremendos galopes que provocaban nuestra envidia infantil al jugar a las carreras. Pichi pichi pichi pichi y unas manos pequeñas pero gordas te agarraban torpemente las caderas y te dejaban congelado hasta que otro de nosotros te rescatara. Pichi pichi pichi pichi y la enana era la primera en ser encontrada al jugar a las escondidas, por lo que tenías que correr para que no te atrape furiosa y se desquite a mordidas.

Me preocupa que no haya quedado claro del todo que cuando escribo ellos me refiero a mi padre y sus hermanos. Esto no obedece a una intención personal de distanciarme, pues cada vez estoy más convencido de que nada puedo hacer contra el parentesco sanguíneo. Me dijo la Yegua que mi abuela siempre le repetía que lo que se hereda no se hurta. Eso lo hemos comprobado nosotros, es decir mis primos y yo; en carne y hueso.

Que yo sea el menor de nosotros explica por qué no puedo señalar el inicio de un juego específico que compartimos con la Poni, no muy a menudo, sino cuando tres o más de nosotros coincidíamos en la hacienda. La cabalgata, le llamábamos. Yo tendría ocho años cuando me sumé al juego por primera vez. No encontraba a mis primos, de modo que agucé el oído. Un ronco pichi pichi pichi pichi oí detrás del gallinero. Al verme, el mayor de nosotros puso su rodilla en mi espalda, contra el suelo y me dijo, palabras más, palabras menos, que nada de avisar lo que estaban haciendo. Cuando me incorporé, me ordenaron

buscar algo para meterle en la boca a la Poni, mientras la sujetaban con una especie de riendas y se turnaban para penetrarle. Nunca me quedó claro si contábamos con el consentimiento de la Poni, porque, como ya expliqué, sus carcajadas y su picheo expresaban lo mismo todo el tiempo; y porque las riendas parecían tener como fin la verosimilitud del juego, mas no la sumisión de ella. También exigí mi turno desde esa misma ocasión.

La vida está hecha de sucesiones y repeticiones; al punto que es imposible establecer qué acciones corresponden a la voluntad y cuáles no son más que una imposición, ya de la sangre o de la costumbre. La preñez de la Poni, por ejemplo, está cargada de la impronta familiar. Su muerte, provocada por la imposibilidad del embarazo en un cuerpo como el suyo, nos libró de la posibilidad de constatar en nuestra cría que la materia siempre tiende a la decadencia. Nos quedan nuestras vidas y su recuerdo para sospecharlo.

En esta familia hay cosas que no pueden ser tramitadas con los chistes de ellos y entonces se tramitan con silencios. En el silencio familiar ante su muerte, podría decir que la Poni es una digna heredera de mi abuela. Debo insistir en que no escribo para tomar distancia de ellos, sino para dejar por escrito la constatación de esta herencia que determina lo que somos. No quiero que mi obsesión por hurgar en la memoria sea entendida como una traición a los silencios familiares. Es solo mi forma de tramitar esta herencia. Simplemente he pretendido hallarle sentido para asumir la propia biografía como la res asume al matadero.